

COLECCIÓN HISPANIOLA, 51

EL ADIÓS DE TELÉMACO
UNA RAPSODIA LLAMADA VENEZUELA
ANTOLOGÍA

Cubierta: Collage de Javier Fornieles Ten

© De la introducción y edición, Juan Carlos Méndez Guédez

© De los textos: sus autores

© Editorial Confluencias, 2024

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda

www.editorialconfluencias.com

Impreso en España

ISBN: 978-84-128184-9-9

Depósito Legal: AL. 2572-2024

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

EL ADIÓS DE TELÉMACO

(una rapsodia llamada Venezuela: antología)

Selección y prólogo

Juan Carlos Méndez Guédez



ÍNDICE

Prólogo en rapsodia	
JUAN CARLOS MÉNDEZ GUÉDEZ	11

DUELOS

Epitafio	
SILDA CORDOLIANI	29
Poemas	
BLANCA STREPPONI	35
Venezuela, un país en regresión	
MAGALY VILLALOBOS	41
Cementerio de médicos	
SLAVKO ZUPCIC	49
La montaña rusa	
MIGUEL GOMES	55

EL PROCESO

Un plato de pelo	
KARINA SAINZ BORGÓ	69

Según pasan los años	
ISRAEL CENTENO	75
Insectos	
MARIO MORENZA	93
Poemas	
ADALBER SALAS	101
Malas noticias	
RUBI GUERRA	107

TERRITORIOS

Poemas	
CARMEN VERDE AROCHA	121
Poemas	
IGOR BARRETO	127
El pronóstico de la doctora	
MICHELLE ROCHE RODRÍGUEZ	137
Poemas	
LEONARDO PADRÓN	149

HABÍA UNA VEZ, NUEVE MILLONES

El redactor de memorias	
DOMÉNICO CHIAPPE	157
Textos	
LILIANA LARA	171
Poemas	
CHRISTIAN DÍAZ YEPES	175
Camino de los españoles	
LENA YAU	177
¿Dónde estás Ana Klein?	
ANA TERESA TORRES	183

Y SUS PAREDES SON HECHAS DE VIENTO

El hueso pélvico	
YOLANDA PANTIN	193
El culto de María Lionza	
ÁXEL CAPRILES M.	205
Poemas	
SANTOS LÓPEZ	219

CUANDO LLEGUE EL SIGLO

ALEJANDRA BANCA	222
Historia de los trapos	
ENZA GARCÍA ARREAZA	231
Lago en el cielo	
LEONARDO MENDOZA RIVERO	237

ZUMAQUE

Un hombre llamado Núñez	
ANTONIO LÓPEZ ORTEGA	249
Modernidad y aceleración: tiempo e imagen en la Caracas de los años cincuenta	
GUSTAVO GUERRERO	265
El combate	
EDNODIO QUINTERO	287
A fuerza de pulmón. Cuento para fumadores	
KRINA BER	297
Poemas	
VASCO SZINETAR	303
Calle Sarandí	
RODRIGO BLANCO CALDERÓN	305

Poemas	
SONIA CHOCHRÓN	321
Yo vine a arreglar las cosas	
KEILA VALL DE LA VILLE	323
Poemas	
VERÓNICA JAFFÉ	333
Tres	
ALBERTO BARRERA TYSZKA	335
LOS MÁRTIRES	
La sangre	
JOSÉ BALZA	349
Títulos y titulares para entender a Bello en España	
FRANCISCO JAVIER PÉREZ	353
Literatura y/o periodismo. Notas para una historia	
CARLOS SANDOVAL	363
<i>'Yestermorrow'</i>	
JUAN CARLOS CHIRINOS	379
Biografías	395

PRÓLOGO EN RAPSODIA

JUAN CARLOS MÉNDEZ GUÉDEZ

*A Carmen Ruiz Barrionuevo, Ernesto Suárez
y Ernesto Pérez Zúñiga, porque fueron los
primeros en el entusiasmo.*

I

Mientras escribo estas notas, todavía fresco el olor a tinta de la última traducción de los libros de Karina Sainz Borgo (¿al coreano? ¿al rumano? resulta complejo seguir la pista de los treinta idiomas a los que está siendo vertida su obra), con muy pocos días de diferencia, Rodrigo Blanco Calderón presenta en Londres la traducción al inglés de su nueva novela, y Alberto Barrera Tyszka hace lo propio en São Paulo, pero en lengua portuguesa.

En el caso de Blanco Calderón, esta traducción viene a sumarse a las ya publicadas en francés, checo, ruso, y a las que están a punto de aparecer en ucraniano, serbio y turco. Por su parte, Barrera Tyszka, ha visto en los últimos años cómo sus libros también se publican en francés, inglés, chino, polaco, turco, alemán, holandés, italiano, danés y japonés.

No olvidemos, por otro lado, que en 2020 Yolanda Pantin ganó el premio García Lorca por el conjunto de su obra poética, y que el 2022 trajo a la literatura de Venezuela la infinita alegría de su primer Premio Cervantes otorgado al poeta barquisimetano Rafael Cadenas.

Del mismo modo, el pasado noviembre, en la Universidad de Salamanca se celebraron los treinta años de la Cátedra Ramos Sucre; y 2024 es el año en que por primera vez uno de los festivales literarios más importantes de España: el festival Hispanoamericano de Escritores que se realiza cada año en La Palma, tiene a Venezuela como tema central de su programación.

Algo bueno está pasando con la literatura venezolana.

II

Pero es necesario dar un salto en el tiempo; alejarnos por unos instantes de los hechos literarios y asomarnos a la historia de ese país situado al norte de Suramérica para poder tener cierto contexto del pasado de esa nación cuya realidad ahora mismo es una de las más dramáticas del mundo actual, y cuya literatura, paradójicamente, parece ser uno de los espacios más prometedores y vivos del presente.

El momento puede ser el caluroso 16 de septiembre de 1950. Frente al puerto de La Guaira, el velero *Telémaco* se aproxima con 171 pasajeros españoles que de manera ilegal intentan entrar a Venezuela; no traen permisos ni papeles de ninguna especie. Su travesía a través del océano ha sido terrible, tal y como contó para el diario *Canarias ahora* Teresa García Arteaga, la única mujer de aquella expedición: «Jamás imaginé que iba a pasar algo semejante. No se lo deseo a nadie. Aquel huracán, las olas que metían el agua por todos lados, el barco que parecía una cuna en un terremoto, la gente toda apretujada rezando en la bodega... [...] Y luego el hambre, la falta de todo, la incertidumbre, el no saber si íbamos a sobrevivir».

La aparición de este velero con nombre de reminiscencias clásicas no era un hecho extraño en esos años. Tal y como nos refiere el volumen: *Al suroeste: la libertad* de Javier Díaz Sicilia, desde 1948 decenas de precarias embarcaciones hicieron un viaje semejante para huir de

la pobreza del franquismo y acceder a la pujante y prometedora vida venezolana de ese entonces.

Pero lo que singulariza el viaje del Telémaco fueron las décimas de sabor popular que uno de sus pasajeros: Manuel Navarro Rolo, escribió sobre aquella peligrosa gesta. En ellas, después de enumerar los sinsabores del viaje incorporaba unos optimistas versos de cierre: «Ya terminó la jornada/ No hay que dudar del Destino/ que nos conduce al camino/ de la extranjera morada,/ esta tierra codiciada/ hija fue del pueblo hispano/ y como somos hermanos/ de esta rama positiva,/ nos alienta a darle un viva/ al pueblo venezolano».

III

¿Por qué aquel grupo de españoles eran capaces de correr tales riesgos para llegar a Venezuela? ¿Por qué este país se convirtió luego a través de procesos de migración menos accidentados en un foco de atracción palpitante, tal y como evidencia una novela como *Venezuela Imán* de José Antonio Rial?

Un artículo de Tomás Páez y Manuel Hidalgo en la revista *Araucaria* condensa algunas respuestas:

«Con la explotación del petróleo por parte de las empresas líderes de Europa y Estados Unidos a partir de la segunda década de dicho siglo, el país aprovechó los recursos que poseía para integrarse en el mercado petrolero internacional. Para la tercera década del siglo XX se había convertido en el segundo productor del mundo y primer exportador de petróleo... El ritmo frenético de la expansión económica a partir de los años treinta, aunado a cambios en las políticas migratorias de otros países latinoamericanos en el periodo de entreguerras, ayudan a entender cómo este país se convirtió en un polo de atracción para migrantes de todo el mundo, en particular a finales de 1940».

¿Pero qué pasó con Venezuela para que las imágenes noticiosas que ahora nos depara sean tan desoladoras y contrastantes con las que proyectaba a mediados del siglo XX?

IV

Escuché de niño el modo en que Venezuela tomó conciencia de que tenía petróleo debajo de su tierra. Un terremoto en Colombia abrió grietas al otro lado de la frontera y en una hacienda llamada «La alquitrana» surgió de manera espontánea el oro negro que signaría la vida venezolana en el siglo XX y XXI.

Cierto es que los primeros habitantes de ese territorio en tiempos pre-hispánicos ya lo utilizaban para calafatear barcos, pero es a partir de este fenómeno natural que se sientan las bases para que en 1914 se desarrolle la primera refinería de gran envergadura a partir del pozo Zumaque.

Otro elemento fundamental que debo exponer para hablar de esa Venezuela es resaltar que nuestra formación como país se desarrolló simbólicamente a partir de la figura militar de Simón Bolívar, líder de la gesta independentista, figura omnipresente en la realidad nacional a la que se denominó el Padre de la patria.

La combinación de estos dos elementos configuró el país que han conocido los autores incluidos en esta muestra literaria: un lugar rico durante largos períodos de tiempo y amparado bajo la paradójica figura de un militar conservador al que se le asignó el papel de «padre», pese a que en su vida jamás tuvo descendencia biológica.

Este par de elementos produjo efectos positivos, pero también siniestros en nuestra condición íntima como comunidad. La Venezuela que conocí y en la que viví era un lugar de gran movilidad social, infraestructuras modernas, excelente educación pública, fácil acceso al mundo universitario, convivencia entre personas de diferentes orígenes

geográficos, y escasas tensiones sociales y raciales. Allí se desarrolló además un mundo cultural de gran riqueza con excelentes museos, orquestas, festivales de teatro, librerías, una editorial esplendorosa como Monte Ávila y recitales poéticos que se encontraban al alcance de personas de cualquier condición social.

Del mismo modo, junto a estos elementos positivos, fuimos conformados por la idea de la riqueza como una casualidad merecida, un juego de azar en el que siempre debíamos resultar ganadores, una idea del presente como lugar de derroche; y un futuro inevitable de prosperidad y ascenso. Éramos ricos porque sí, porque hasta los terremotos en otros países abrían la tierra del nuestro para regalarnos la opulencia; pero además, éramos los descendientes de Bolívar; el padre de la patria; una suerte de «segundo Jesucristo» como decía una canción de la época.

Explícita o implícitamente, nos sentíamos parte de un pueblo elegido por la providencia, en la que nuestro heroísmo militar decimonónico nadaba en un mar de riqueza y vanidad.

Pero a esto debe sumarse un elemento fundamental para la comprensión de la cultura y la sociedad venezolana del siglo XX. Entre 1958 y 1998 vivimos al amparo de una democracia civil que logró constreñir a la casta militar a los cuarteles y los alejó relativamente de las decisiones nacionales y de la riqueza petrolera. Visto desde ahora y sin la infantilización a la que nos sometió la figura omnipotente del militar Simón Bolívar, se trató de un período esplendoroso, también lleno de problemas, contradicciones, inexplicables bolsas de pobreza, improvisación y nuevorriquismo, pero con resultados positivos que facilitaron la estabilidad política y el crecimiento social.

Mal que bien, el modelo funcionaba, pero como ha explicado Eduardo Fernández (entre muchos otros) era un modelo atado a los precios del petróleo. Cada vez que subían se experimentaba un esplendor económico, y cada vez que bajaban se entraba de lleno en

una nueva crisis, pues no existían planes de contingencia, previsiones o proyectos alternativos para superar los baches.

EL QUIEBRE

La ruptura general y el comienzo de la gran tragedia que configura el momento en que escribo estas notas tiene una fecha muy concreta. 27 de febrero de 1989. Ese lunes siniestro, una revuelta popular, generada por un insignificante aumento del combustible, produjo el caos en zonas populares del país y demostró el agotamiento del modelo del Estado Benefactor, el hastío ante la corrupción administrativa, el divorcio de la clase política de las realidades en marcha, y terminó por entregarle el control de las calles a dos de los factores más sombríos de nuestra historia como país: la turba saqueadora que se apropia de la riqueza ajena mediante actos de fuerza y la insaciable casta militar.

Desde ese momento, los ciudadanos desarmados perdimos el espacio de las ciudades.

Existen estupendos estudios sobre aquella fecha que analizan desde perspectivas diversas aquel momento trágico, pero no puedo dejar de resaltar el libro de Alonso Moleiro: *La nación incivil*, en el que se subraya cómo en ese momento la democracia y sus líderes se echaron a un lado para permitir que los cuerpos militares y policiales reestablecieran el orden a cualquier precio, saltándose cualquier vestigio de respeto a los derechos humanos, a la constitución, y a las leyes e instituciones que conformaban el país.

Desde el 89 los militares recuperaron la visibilidad pública, olieron la fragancia del poder y de las finanzas públicas que habían controlado durante la mayor parte de la historia venezolana, y finalmente, descubrieron que si sumaban su capacidad de fuego a la energía de las turbas hamponiles a las que inicialmente reprimieron, ya no debían compartir

el mando del país con los civiles a quienes debían obediencia y respeto desde 1958.

La nueva Venezuela consolidada por las elecciones de 1998, y sostenida después a sangre y fuego por una oficialidad ajena a la constitucionalidad, se regiría como en el pasado: por la adoración bolivariana a los cuarteles y a la fuerza de las balas militares y paramilitares. Situación para la que las fuerzas armadas se venían preparando desde décadas atrás, como refieren las investigaciones de Domingo Irwin sobre el desarrollo de las logias militares que nunca aceptaron el juego democrático.

Ruptura que fue posible por el paisaje que hemos esbozado, y que de algún modo resumen títulos indispensables como *La herencia de la Tribu* de Ana Teresa Torres y el volumen *Historia de un encargo: La catira de Camilo José Cela*, de Gustavo Guerrero, en los que intuimos cómo aquel país de economía refulgente siguió ocultando siempre dentro de su interior las semillas del caudillismo, la impostura de una identidad heroica, y la presencia de centauros invencibles que mágicamente se ofrecían para solucionar las contradicciones de la realidad con un gesto de fuerza y una dadivosa repartición automática de la riqueza.

La abundancia de informaciones sobre la Venezuela actual que existe en los medios de comunicación tal vez hace innecesario que me extienda en detalles sobre el presente propiciado por el poder militarista. Asomo tan solo tres elementos que pueden condensar el momento en que escribo estas notas: la diáspora roza la cifra de nueve millones de personas; el más reciente escándalo de corrupción que implica a altas autoridades del régimen venezolano refiere la «desaparición» de 21 mil millones de dólares, y el sueldo mensual de un jubilado se mueve entre los 10 y 15 dólares.

También el citado artículo de Páez e Hidalgo resume la situación de manera muy gráfica: «En la segunda década del siglo XXI Venezuela ha retrocedido en términos de PIB per cápita a los datos de las

primeras décadas del siglo XX venezolano (Ecoanalítica, varios años) y se ha transformado en país de emigrantes».

LA LITERATURA VENEZOLANA

Pese a la fortaleza económica del pasado, la riqueza de su mundo cultural y la relativa estabilidad política vivida entre 1958 y 1989, cuando la democracia logró vencer intentonas de la extrema izquierda y de la extrema derecha para destruir la convivencia ciudadana, es necesario acotar que hasta hace muy poco Venezuela tenía una figuración internacional muy restringida en cuanto a la difusión de su literatura.

De hecho, circula desde hace años una especie de leyenda urbana que atribuye a un irritado Guillermo Cabrera Infante la frase: «Ah, Venezuela, tanto petróleo y tan poca tinta», que podría condensar esta invisibilidad.

Pese a eso, estoy convencido de que esa opacidad no respondía a razones artísticas, sino a las circunstancias derivadas del breve panorama expuesto en estas notas. La estabilidad social significó que no se desarrollaron exilios políticos masivos que permitiesen la difusión de la literatura venezolana en contextos universitarios o en los conjuntos editoriales de otros países. Por otro lado, el canto de sirenas producido por esa mezcla de petrodólares y la adoración a Bolívar tal vez generó una suerte de ombliguismo en la que los autores del país no sintieron una curiosidad especial por proyectar sus obras más allá de sus fronteras.

Pese a esto, mi generación, y las generaciones inmediatamente anteriores y posteriores, crecieron al amparo de una literatura que, gracias a los escritores de la década del sesenta, tuvieron una alta conciencia artística en la que lo ficcional y lo poético guardaban sentido en sí mismos y se mantenían ajenos a las utilidades periodísticas o sociológicas que pudieron signar la literatura venezolana anterior. Eso explica la

pervivencia de una creación de altas aspiraciones estéticas que, pese al horror político del presente, no ha descendido a los territorios del panfleto o de la pedagogía redentora, pero que tampoco ha dado la espalda a sus realidades más inmediatas.

Parecieran seguir vigentes las aspiraciones creativas que apenas superados la mitad del siglo XX desarrollaron voces fundamentales como Rafael Cadenas, Salvador Garmendia, Elisa Lerner, Adriano González León, José Balza y que provenían de una tradición de alta exigencia conformada por voces como las de José Antonio Ramos Sucre, Guillermo Meneses, Luz Machado, y especialmente la que considero la figura esencial del siglo XX: Teresa de la Parra, que pese a su brevísima obra, cerrada por su prematura muerte en Madrid en 1936, esbozó los lineamientos de una creación sostenida en la ironía cervantina, la inteligencia compositiva, la exactitud de las imágenes y la sutil iluminación de aspectos ocultos de la realidad de su tiempo.

El diagnóstico sobre lo que distingue a la literatura venezolana actual lo encontrará el lector interesado en investigadores como Carlos Sandoval, Miguel Gomes, Gustavo Guerrero, Carmen Ruiz Barrionuevo, Florence Montero, Luz Marina Rivas, Violeta Rojo, Paulette Silva, Gina Saraceni, Grégory Zambrano, Jorge Romero León, Gisela Kozak, Chiara Bolognese, María José Bruña, Tatiana Capaverde o Vicente Lecuna, entre otros, pero desde luego, las evidencias actuales hablan de una expansión internacional y de una recepción crítica y lectora cada vez más entusiasta y sostenida, de la que este volumen pretende dar una condensada muestra.

RAPSODIA

Recuerdo que en febrero de 1989 puse a todo volumen la *Bobemian Rhapsody* de Queen. Un modo de apagar el sonido de las ráfagas de

ametralladora con la que el ejército estaba retomando el control de mi barrio. En ese momento permanecí acostado en el suelo leyendo tres libros: los cuentos de José Balza, unos ensayos de Manuel Caballero y un poemario de Eugenio Montejo.

La música y los libros, que devoraba a trozos saltando de una a otra página, eran como una continuidad que me daba una idea de orden, de inteligencia e imaginación superponiéndose a la barbarie.

Cuando me propusieron preparar este volumen imaginé así sus páginas. No las tradicionales divisiones por géneros, y la ficha biográfica previa de cada autor; sino el intento de una musicalidad sujeta por una continuidad hecha de diversidades y cambios de registro. Palabras que en mi mente se buscaban las unas a las otras.

Así, las siguientes páginas quedan conformadas por una muestra destacable de cuentos, poemas y ensayos. De haber podido expandir esta muestra a géneros como el teatro, la novela, la crónica y el diario literario habría sido indispensable también contar con la presencia de figuras como Elisa Lerner, Milagros Socorro, Oscar Marcano, Rafael Castillo Zapata, Ricardo Ramírez Requena, Federico Vegas, Marcos Tarre Briceño, Norberto José Olivar, Luis Yslas, Héctor Torres, Gustavo Valle, Francisco Suniaga o María Elena Morán, por solo citar algunos nombres.

En las siguientes páginas aparecerán lo que considero algunas de las líneas de fuerza que constituyen la contemporaneidad de la literatura venezolana: el duelo, la presencia irritante de un poder omnímodo, la construcción de territorios rurales y urbanos que se retroalimentan, la diáspora, la presencia de mundos mágicos; los discursos nacientes del siglo XXI, las voces que reprodujeron las contradicciones del esplendor petrolero del siglo XX: y las revisiones lúdicas, transgresoras de un siglo XIX ya no visto como el tiempo de la épica patriótica, sino como tiempo para el pensamiento y la reinvención humorística del rígido panteón nacional.

Sin realizar ningún esfuerzo para lograr este resultado, las voces que protagonizan estas páginas son herederas directas de los procesos humanos que definieron los años recientes del país caribeño. Escritores venezolanos nacidos fuera del país como Krina Ber, Blanca Strepponi o Doménico Chiappe; venezolanos descendientes directos de las migraciones del pasado siglo como Miguel Gomes; Lena Yau; Antonio López Ortega o Slavko Zupcic; escritores que residen en Venezuela como: José Balza, Carmen Verde Arocha, Sonia Chocrón, Silda Cordoliani, Santos López, Rubi Guerra, Yolanda Pantin, o autores que habitan desde hace años fuera de sus fronteras como Liliana Lara, Gustavo Guerrero, Verónica Jaffé, Leonardo Padrón, Alejandra Banca o Juan Carlos Chirinos, entre otros.

La literatura venezolana es un espacio natural de pluralidad: un lugar unificado y a la vez diverso. Puede leerse como un todo disgregado por la diáspora reciente, pero conectado alrededor de un cometido invisible: preservar los fulgores de una palabra sostenida en el asombro, la perplejidad, la duda, la multiplicidad de enfoques y sentidos alrededor de la condición cambiante de lo humano.

Frente a la univocidad que emana del poder, la literatura venezolana se abre en múltiples brazos, en múltiples interrogantes; al punto de que la contemplo ya no como la palabra de un país hinchado por sus delirios épicos del pasado, sino como el susurro de quien se interroga por su lugar en el mundo.

No hay en esta escritura, en estas voces, el sentido de ese hijo eterno que espera la salvación por la llegada milagrosa de un padre heroico que solucione y llene de bondad el presente y el futuro, sino muy por el contrario la ironía, el dolor, el escepticismo ante los grandes discursos de la historia, la cruda verdad de quien hace de la fragilidad el cimiento para reedificar su paisaje humano.

Frente a un mundo en el que la creación parece entregarse al «buenismo artístico»; «la ramplonería política» y «el moralismo azucarado»

Juan Carlos Méndez Guédez

como menciona el ensayista colombiano Carlos Granés, pienso que la literatura venezolana ofrece un espacio divergente y libre: ella es lugar para el vértigo, las penumbras, las ambigüedades, el furor sexual, las perversiones, la belleza acorralada, la inesperada ternura, la culpa y el espanto.

Una literatura, tal vez signada por el poema: *Fracaso* de Rafael Cadenas:

Me has brindado solo desnudez...

Gracias por quitarme espesor a cambio de una letra gruesa.

Gracias a ti, que me has privado de binchazones.

Gracias por la riqueza a que me has obligado.

Gracias por apartarme.

Gracias.

Algo bueno está pasando con la literatura venezolana.

Madrid, junio, 2024

DUELOS

EPITAFIO

SILDA CORDOLIANI

Un leve quejido, un apenas perceptible crujir de las cabuyeras, la sacaron de aquel inquieto letargo en que se había convertido su sueño nocturno durante los ocho últimos años. El «¡Manuel!» fue acompañado de un golpe del corazón, de un salto en dirección al suiche de la luz para luego voltear hacia el cuerpo del hombre que ya sabía muerto.

Ninguna de sus acciones fue entonces azarosa: muchas veces se había repetido con minuciosidad la lista de cosas imprescindibles que debería realizar en aquel momento. Solo que ahora se daba cuenta de que podía tomarlo con calma.

Al amanecer, después de haberse fumado cuatro cigarrillos con la vista fija en el chinchorro que ocupaba el cadáver, telefoneó al menor de sus hijos en una ciudad a más de seiscientos kilómetros de distancia, encomendándole avisar a los otros, también lejanos. Había tiempo, mucho tiempo antes de la llegada del primer avión. Hoy no tendría que apresurarse a preparar el cereal del desayuno para el enfermo, que arrastrarlo hasta el baño, que vestirlo y forcejear con la oxidada silla de

ruedas para llevarlo a tomar un poco de sol mañanero; ni siquiera que ir al mercado a comprar las verduras frescas para la sopa del mediodía. No lavaría ollas y platos sucios, no limpiaría meticulosamente aquel cuarto encerrado y, según sus hijos, maloliente. Hoy tenía derecho a sentirse cansada y a hacerlo todo sin ningún tipo de apuro. Puso sobre la cama matrimonial el flux de lino beige, la camisa blanca, el interior y las medias hace tiempo preparados. Coló y bebió su acostumbrado café negro con la mirada perdida entre las matas del patio, estaban mustias, demasiado abandonadas, les hacía falta un poco de cariño; este fin de semana podría dedicarse a ellas: cambiarles el abono, cortar las hojas y ramas secas, hablarles con dulzura. Lentamente lavó la taza antes de buscar la ponchera con agua, el jabón y la suave esponja del aseo cotidiano. Otra vez en el cuarto, lo desvistió apartando con sigilo el calzoncillo manchado. Completamente consciente de este rito final, se dispuso a limpiar sus sudores, orines y escasos excrementos. No lloraba, no sentía ninguna necesidad de hacerlo.

Pero en esta ocasión, la esponja, el agua y el jabón quedarían para más tarde. Con la punta de los dedos de su mano derecha, lentamente, temerosa y con los ojos cerrados, se dedicó a palpar la piel ya fría del que acababa de convertirla en viuda. Detalló cada uno de los rasgos, en otro tiempo demasiado amados; desde el rostro decrepito y áspero, se deslizó por los brazos flácidos y el ancho pecho, que reveló a su tacto los restos de la maraña de retorcidos vellos capaces de erizar los pezones que acostumbraban a recibirlos como la más familiar de las caricias. Desprendió entonces su otra mano del borde del chinchorro, obligándola a sumarse al recorrido de las largas piernas que se empeñaba en volver a sentir fuertes y tensas. Una y otra vez, de uno a otro extremo, fue acelerando el repetido movimiento. Como en un masaje desesperado, sus dedos, ya engrasados de la sustancia pastosa y fétida, parecían pretender devolver la vida a aquellas extremidades que tras la larga inmovilidad semejabán solo enjutas varas de goma.

Fue entonces cuando, aún sin abrir los ojos y al borde del desaliento, se percató del minúsculo y lánguido miembro que revivió su memoria, adormecida durante un tiempo infinito por el inacabable trajín de empírica enfermera: «¿Recuerdas, Manuel, lo grande que podía llegar a ser?, ¿recuerdas su potencia feroz? ¿cómo fui incapaz de controlarlo en el momento de engendrar los últimos dos hijos no deseados? Nunca pude negarme a tus constantes requerimientos. Para engañar mi deseo, acostumbraba a repetirme los ineludibles deberes de una esposa, creyendo librarme así de la culpa que para mí representaba necesitar tanto que me poseyeras, o más bien, poseerte, sentirte dentro de mí, confundida yo, recorriendo vastos espacios de absoluta plenitud, salvada al fin de la insoportable cotidianidad de una ejemplar mujer casada, siempre silenciosa, sufrida y torturada por ese mismo silencio que me impuse como regla de vida. Y es hoy, cuando creo que no puedes oírme ni adivinar pensamientos a través de esos ojos que no cesaban de perseguirme, el día de mis verdades. Hoy puedo rebelarme tranquila y sin testigos contra esa absurda vida que tú impusiste y yo acepté. ¿Qué me hizo tan sumisa como para acatar sin réplicas la pobreza a la que me condenaste?, ¿acaso la pasión por tu piel pudo cegarme hasta el punto de no ser capaz de reaccionar drásticamente frente a tus locos, torpes, disparatados negocios? ¿Crees que fue muy fácil para mí abandonar una tras otra las casas que con obligado entusiasmo me empeñaba en hacer habitables? Cada vez menos espacio, menos comodidades, mayor humildad; cada vez vecinos más bastos y procaces. Pero qué te puedo reclamar yo, yo, que abandonada en ti y en tu ardor ni siquiera pude presentir a tiempo, en tantos, tantísimos años, ese desajuste que revelaron los médicos cuando ya todo estaba perdido, cuando tú estabas perdido bajo la condena de vivir, cuando ya estabas muerto: nueve años desvariando, ocho sin poder caminar, siete postrado en un chinchorro, cinco de absoluta mudez. Pero si hubiera sido únicamente eso, quizás en este momento podría perdonarte».

Ahora, desnuda frente al espejo del escaparate, fatigada por la inútil empresa de minutos antes y olvidando su repentina decisión de un baño que la reanime, observa un cuerpo olvidado de líneas curvas que hoy penden hacia el suelo, de blanca piel que hoy se muestra transparente y marchita. Por esto sí podría llorar, pero como de costumbre no se dejará dominar por la adversidad: intenta superar la desagradable sorpresa del cuerpo desconocido, que es suyo, sumiendo el vientre, alzando los senos con sus manos aún inmundas, e increpando al rostro sin vida que de medio lado también se muestra en el cristal: «¿Te gusto, Manuel?». Mucho, mucho, solía contestarle en los primeros tiempos, cuando ella, todavía adolescente, jugaba con el hombre enamorado. El «me muero por ti» vino más tarde, después de las explicaciones que exigiera en vano tras el encuentro azaroso con aquella recepcionista que simulando ingenuidad malogró su vida:

—¿Lucía Martini? Entonces usted debe ser hermana del señor Martini, el de mi vecina.

—¿El de su vecina?

—Sí, el señor Martini la visita casi todos los días. Llevamos tantos años viéndonos que ya hasta me saluda.

—¿Y cómo se llama su vecina?

—Gloria Requena, ¿la conoce?

—No, primera vez que la oigo nombrar. ¿Pero por qué la visita el señor Martini?

—No sé si debo decírselo... si su hermano no se lo ha contado...

—Por favor, señorita, termine de hablar.

—Tienen dos hijos. Dos varones, de cuatro y dos años. Pero tal vez no sea el mismo señor.

—Tal vez. Yo tengo tres hermanos —dijo recordando a sus dos cuñados, los únicos de la familia en edad de tal situación.

–Es un hombre alto, moreno.

–No me dice usted nada.

–Usa sombrero.

–Dos de ellos usan sombrero –respondió llena de esperanzas y con el corazón latiendo como el de un condenado ante su victimario.

–Trabaja en la municipalidad, creo. ... ¡Pero señorita!, ¡señorita, ¿no iba usted a verse con el doctor?! –gritó irónicamente la recepcionista mientras ella se alejaba casi corriendo, chupándose las lágrimas, los mocos, tratando de no llorar, como solo lloraba entonces.

«Quise creerte Manuel y por eso no insistí, por eso no averigüé, por eso nunca más volví a la consulta de aquel doctor. Te amaba demasiado: no hubiera sido capaz de ponerte a escoger: ¿quién podía asegurarme el triunfo?».

Volteándose hacia él, ahora se acaricia a sí misma en patética actitud provocativa, desplaza sus manos por la envejecida piel creyéndose capaz de recuperar la única felicidad conocida. «¿Te gusto, Manuel?, ¿te gusto? Di que sí, dime mucho, di que te mueres por mí, pruébame, dímelo», insiste ansiosa arrojando del chinchorro a la cama aquella masa esquelética y sin vida que después de tanto tiempo vuelve a despertar su deseo. Monta sobre él e intenta repetir remotos, ágiles y felices gestos de placer. Besa, muerde, desplaza su vagina frenéticamente por el tórax macilento hasta el desgarrador aullido final que la devuelve, que la tiende, exhausta y llena de lágrimas, sobre el cuerpo del viejo hace mucho tiempo inútil, mudo, muerto.